DROSS

ESCAPE

mr̄

ESCAPE DE SAN ISIDRO

I

Ninguna vida debe ser tomada a la ligera. Aquellos a quienes vemos a los ojos cuando bajamos la cabeza son seres más complejos y, aunque no lo creas, más pensantes de lo que estás dispuesto a creer.

¿Arrogancia? ¿Maldad? ¿Apatía o simple descuido? Todas estas condiciones existen en cada persona, y de hecho más de una habita en cada quien. Son como las cuatro estaciones que merodeamos en el ciclo de la vida, el cual no hay que apresurarse a entender, pero del que no hay excusas para no aprender.

Enterate y nunca olvides que aquellos a quienes el hombre ha considerado como sus mejores amigos son seres más interesantes de lo que imaginás...

Los perros, esos guardianes eternos. Centinelas por naturaleza.

Nadie lo sabe pero debería: a veces, aquel que más

lo ama a uno es su perro. Muchos que han vivido junto a ellos y los han visto morir comprenden que si al final de todo hay un túnel para llevarnos a otra parte, quien nos estará esperando al otro extremo probablemente sea ese amigo fiel con quien alguna vez compartimos una parte de nuestra vida.

Y de no ser así, para muchos ese lugar no podría ser llamado cielo.

II

Los perros tienen reglas muy importantes, ineludibles e inalterables en la laguna del tiempo. Tanto es así que muchos piensan que vienen impresas en su código genético, pues cuando un perro pasa frente al hogar de otro, y este ladra, gruñe y muestra sus colmillos, nuestro amigo, a quien estamos paseando, no se enoja. No se enoja ni aunque los ladridos lo tomen por sorpresa y lo asusten porque sabe que su colega está haciendo su trabajo, cosa que respeta, admira y, más aún, espera. Tal es la vida del perro doméstico, estas son sus reglas.

Un ladrido de amenaza, un gruñido feroz lanzado tras unos barrotes que separan lo sagrado, el territorio, no son sino gajes del oficio. Y el que está afuera lo entiende: debe hacerlo. Muy en el fondo incluso se enorgullece porque se identifica.

Y como tienen un olfato extraordinario, cientos de

veces más potente que el de nosotros, lo que les da un manejo de la realidad diferente, sus gruñidos amistosos son verbos y los sonidos, sinónimos; puede decirse que poseen un sistema para saludar y hablarse.

Así que ahora sabemos que cuando un perro está paseando por la calle con su amo, y le ladran desde una casa, el guardián no está buscando pelea, sino haciendo su trabajo: advertir que esa casa está cuidada. El otro, al darse vuelta y ver a los ojos a este guardián, lo saluda con un gesto afirmativo, solemne y orgulloso.

Este siempre es el caso.

Salvo una vez...

Una vez que, se cree, debió haber sido la única, la primera en toda la historia de los perros.

III

El anciano miró al cielo y suspiró. Sus pulmones no podían tomar tanto aire como antes y le pesaba. No alcanzaba ese pequeño espacio extra que hace la diferencia.

Ni en sus mejores momentos había podido respirar así cada vez que quería, pero este año podía hacerlo cada vez menos, y como tantas cosas que últimamente venían pasando, lo identificaba con el advenimiento del fin...

Se llevó la mano a la gabardina y acarició suavemente los botones, a la vez que aferraba la correa con la que llevaba a su mascota, que iba por lo menos dos metros delante de él tirando y haciéndole la vida difícil. El frío traducía su aliento en vapor.

Pasaban frente a una casa y lo de siempre sucedería: el enorme perro blanco abandonaría la esquina y vendría corriendo...

Una tormenta de ladridos feroces traspasó la reja, Draco contestó:

—¿Por qué no te vas a la concha de tu hermana?

El animal abrió los ojos como platos; el anciano seguía caminando a duras penas, ajeno al idioma canino...

—¿Pero vos te volviste loco? —contestó el perro blanco, con un gruñido.

—Loco las pelotas. Andá a ladrarle a la forra que te remilparió.

Mitad furia, mitad incredulidad, el animal se deshizo en ladridos. Se escuchó al mismo tiempo la voz del golden retriever que vivía en la casa de atrás:

—¡No le prestes atención, Tango! ¡Draco es un hijo de puta! ¡No merece ser llamado perro!

—¡Está loco! ¡Mal de la cabeza! ¡¿Qué te pasa?!

Draco replicó con desprecio:

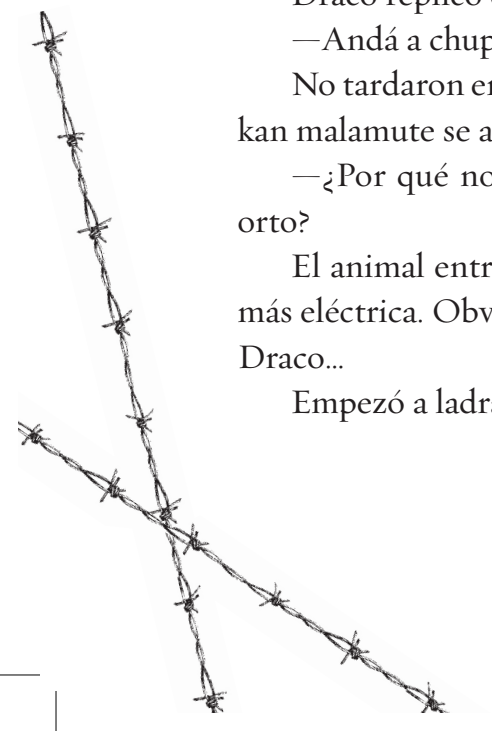
—Andá a chupar pija.

No tardaron en pasar por la reja de otra casa. Un alaskan malamute se acercó y empezó a gruñir.

—¿Por qué no vas y te metés una manguera por el orto?

El animal entrecerró los ojos, su mirada azul se hizo más eléctrica. Obviamente tenía el disgusto de conocer a Draco...

Empezó a ladrar.



—Callate, ridículo.

—Siento pena por tu dueño —siseó, durante una pequeña pausa.

—¿Este viejo forro al que llevo?

—Sos una basura, Draco.

—Pero andate un poquito a la mierda, ¡por favor!

El «por favor» lo extendió en una larga y odiosa fila de erres.

Doblaron. El vigilante de la casita intercambió un saludo afectuoso con el anciano. No tardaron en pasar frente a una quinta; esta vez los recibió una hermosa collie de un pelaje bronce tan brillante que parecía plata.

—Andá al garaje, forra.

La dama ladró con mayor fuerza, más para no escuchar a ese ser a quien consideraba ruin que por la furia que le producía...

—Cómo jodés, negra, ¿por qué no te callás el hocico?

—¡¿Por qué no te callás vos, perro anormal?! —explotó—. ¿Es que acaso no te das cuenta de lo que estás haciendo? ¿Del pecado que cometés?

—¡Pero andá a cagaaaar, mamá!

Hubo una respuesta traducida en ladridos que no le sirvió de nada, pues desafortunadamente alcanzó a escuchar el miserable comentario final:

—Tenés esa concha más caliente que tubo de colectivo.

La pareja de perros de la otra calle, indignados, se pusieron a ladrar. Poco o nada sabían los humanos que sus canes estaban teniendo una disputa de connotaciones tan serias como para ellos lo eran la política y la religión.

Doblaron por otra cuadra, de calle estrecha y casas más pequeñas. Los perros de ambos lados hacían su trabajo, con disgusto, porque ya conocían al individuo que la atravesaba...

Se subieron sobre la vereda. El anciano estaba agotado. Intentó respirar sin éxito. Sentía los propios latidos de su corazón y, como Draco lo apuraba, se tuvo que quitar la boina por temor a que se le cayera.

Un pastor alemán muy joven y novato, nuevo en el vecindario, los estaba esperando, orgulloso, tras unas rejas verdes. Comenzó a ladrar.

—¿Por qué no vas a ladrarle así a la forra de tu dueña?

El cachorro se congeló. Su cola pasó a ser un péndulo que se meneó por inercia, su hocico quedó a medio abrir.

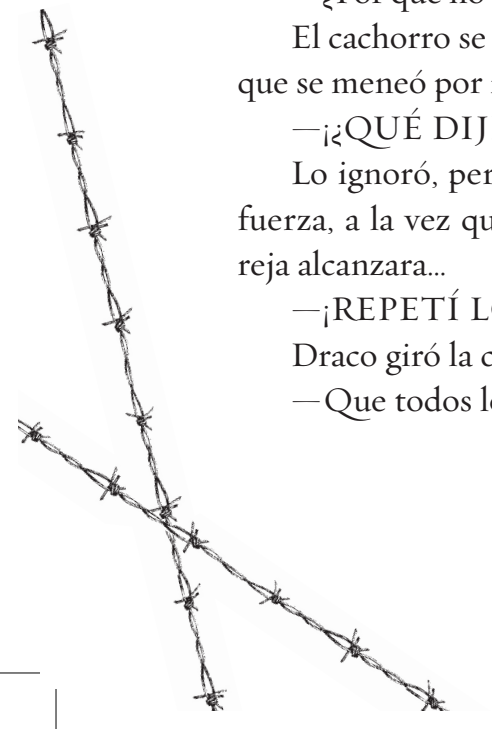
—¡¿QUÉ DIJISTE?!

Lo ignoró, pero la pregunta fue repetida con mayor fuerza, a la vez que se disponía a seguirlos hasta que la reja alcanzara...

—¡REPETÍ LO QUE DIJISTE!

Draco giró la cabeza.

—Que todos los perros sordos son idiotas.



El pastor se abalanzó sobre los barrotes con tal fuerza que el anciano se asustó. Desde todas las otras cuadras se escuchaba un concierto de ladridos furiosos.

El recorrido llegaba a su fin. Como era costumbre, restaba pasar por la larga reja de los Bodoni, dueños de una de las mansiones del barrio.

Los Bodoni eran una familia burguesa con un hijo que, negándose a ser menos por haber nacido con una cuchara de plata en la boca, decidía pasar sus vacaciones de la manera más salvaje: hacía excursiones a la Patagonia y navegaba en la costa de Brasil cada vez que podía. En uno de sus últimos viajes a Canadá, había conseguido traer, no sin ciertas palancas de su abnegado padre, un lobo cachorro, negro como el ónice, que en los siguientes cinco años había crecido para transformarse en la atracción de San Isidro.

El animal se acercó y miró fijamente a Draco. Sus ojos podían hacer palidecer incluso a los animales del zoológico.

—¿Qué me ves, forrazo?

Azazel no contestó.

—Estás más cagado que letrina pública. Tranquilo, flaco, que no te voy a morder.

—Te hacés el machito porque hay rejas de por medio...

—Y si no las hubiera también. Tengo una pija así de gorda.

Por supuesto, Draco hablaba figurativamente porque, como podemos suponer, estaba usando sus patas para caminar y no tenía los medios para dar una demostración.

Azazel sonrió.

—Rogale a san Roque que no te atrape, porque te voy a hacer pedazos y lo sabés muy bien.

Draco miró la vereda. Tardó un poco más de lo que usualmente acostumbraba en contraatacar...

—¿Sabés quién es puto?

La sonrisa se desdibujó del rostro alargado e intimidante de Azazel al momento que vio el lugar donde Draco señalaba con el hocico.

—El maricón pelilargo que te trajo del norte.

IV

Cuando es invierno, diez simples minutos se convierten en un plazo de tiempo crucial.

El anciano meneaba el manojo de llaves con nerviosismo... Poco después entró junto a Draco; tras ellos, el cielo se precipitaba a la oscuridad.

El suave siseo de la chimenea a gas fue bienvenida suficiente para ambos. El hombre gimió con dolor al agacharse para quitarle la correa a su perro, quien caminó hasta la alfombra y se echó; luego giró su vieja cadera lentamente y cerró la puerta. Se quitó la gabardina con dificultad y la arrojó sobre el mueble. Se acordó de pronto de que había colocado la boina en uno de los bolsillos; su gesto fue el de alguien a quien le toca hacer un trabajo penoso. Caminó con lentitud hacia su cuarto. El can no le quitó la vista.

«¿Y este viejo forro se irá a acordar de mi comida?».

Era una duda necia, porque el anciano jamás se había

olvidado de su alimento ni a los ochenta y siete años cuando lo había traído a casa ni tampoco ahora, a los noventa y cuatro. Ni siquiera cuando había estado hospitalizado, tiempo en el que le había encomendado a una amiga poner en la esquina de siempre su generoso plato con carne guisada y galletas de perro.

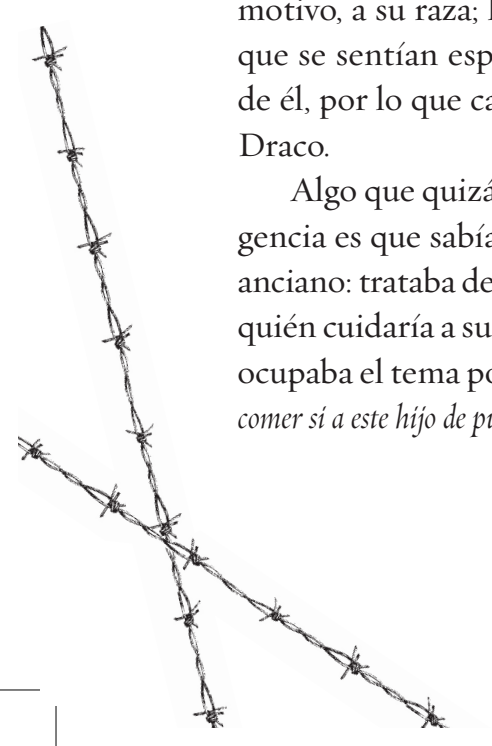
Movió las orejas al escuchar un gemido de dolor que provenía del cuarto. Los conocía muy bien; se hacían cada vez más frecuentes. Su respuesta fue levantar la cola y echarse un pedo.

Vamos a aprovechar este momento para dar algunas explicaciones.

Para empezar, Draco es un perro rottweiler, que está algo pasado de peso. Su edad ya se sugirió sutilmente arriba.

Su carácter y forma de ser no se deben, bajo ningún motivo, a su raza; había otros rottweiler en el vecindario que se sentían especialmente asqueados y avergonzados de él, por lo que cabe afirmar que Draco es simplemente Draco.

Algo que quizá evidenciaba muy bien su aguda inteligencia es que sabía muy bien los malestares anímicos del anciano: trataba de anclarse a la vida porque le preocupaba quién cuidaría a su mascota. A Draco, por su parte, le preocupaba el tema por los mismos motivos: «*¿Quién me dará de comer si a este hijo de puta le pasa algo?*». Con frecuencia pensaba



algo que iba entre las líneas de: *«Viejo de mierda, no me vayas a joder la vida ahora...»*.

«Ahora» no era realmente un momento malo para Draco, pero pensaba igual desde siempre, en las buenas y en las malas. «Ahora» SIEMPRE era un mal momento.

Respiró profundamente. No eran muchas las veces que podía porque su peso se lo impedía, por lo que lamentó desaprovechar la oportunidad, pues le gustaba hacerlo delante del anciano y disfrutar de la envidia que a este le producía la buena salud de su obesa mascota.

Se limpió una cavidad entre dos dientes con la lengua y recogió un pequeño pedazo de galleta. Le recordó que tenía hambre. Miró otra vez en dirección al pasillo.

Por lo general debía estar oyendo ya la voz distorsionada de algún presentador de televisión. Antaño, el viejo usaba la TV por cable para colocar música, pero ya no trabajaba y se veía obligado a ahorrar el dinero. A Draco poco le importaba, pues siempre que él pudiera comer las mismas porciones a las que estaba acostumbrado, todo andaría bien. Sin embargo, extrañaba la música clásica, lo que en el fondo le hacía recriminar a su dueño amargamente por no seguir yendo a la tienda a vender zapatos.

Era un perro, pero entendía bastante bien por qué en casa ya no se contaba con ciertos lujos. Lo anterior, como ya se ha sugerido, eran solo pensamientos para pasar el

tiempo criticando, porque los lujos del anciano le importaban poco. Los suyos, en cambio, eran otra cosa...

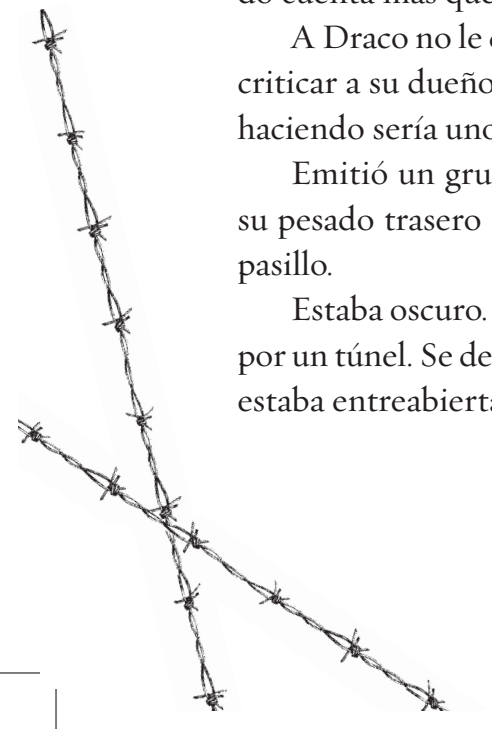
Se acordó nuevamente de su comida, por gordo y por costumbre, y lo que le resultaba inquietante era lo segundo, porque a la suma de cotidianidades rotas se sumó otra: el nonagenario debía haber aparecido ya por el pasillo y encendido la luz de la cocina. Draco entonces se levantaría, iría y hundiría su cabeza entre el mazacote de carne y galletas, a lo que generalmente seguía una breve caricia del hombre, que él correspondía con una mirada de odio. Esto último no era la regla; a veces estaba tan absorto que se le olvidaba hacerlo. A veces ni siquiera sentía que lo tocaban en lo absoluto...

Miró a un costado, con cara de circunstancia, y luego otra vez en dirección al pasillo. Para un perro cada segundo cuenta más que para un humano.

A Draco no le costaba mucho encontrar motivos para criticar a su dueño; tener que levantarse a ver qué estaba haciendo sería uno extraordinario.

Emitió un gruñido y al cabo de un segundo levantó su pesado trasero de la alfombra. Se echó a andar por el pasillo.

Estaba oscuro. Caminar a través de él fue como andar por un túnel. Se detuvo tras la puerta de la habitación, que estaba entreabierta.



Adentro estaba todo oscuro, el viejo se encontraba allí, en algún lugar. Hizo el resquicio más grande empujando con el hocico...

Visto desde adentro, se veía la silueta oscura del animal, con una larga y gelatinosa sombra bajo su patas, animada por la luz lejana de la chimenea.

No hizo falta dar tres pasos para saber lo que había pasado. Quizá con sus bigotes sensibles, quizá con su olfato, quizá incluso gracias a un trabajo en equipo entre ambas cosas; sabía dónde estaban el gabinete, la mesita de luz y la cama. Cada cosa tiene volumen, y es fácil para un animal sentir lo que ha estado ahí toda la vida, pero más fácil aún le es detectar lo que no estaba antes. En el presente caso fue el cuerpo desplomado de su amo, con la mitad de la cara aplastada en la alfombra.

Se acercó lentamente y bajó la cabeza.

No le hacía falta buscar su aliento, al ser un perro podía confiar en un indicador mucho mejor: los latidos de su corazón. Latidos que no escuchó.

Así era. El anciano, su única compañía, había muerto.

Se quedó ahí, parado, en silencio...

Primero fue la sorpresa, después la aceptación. Fue entonces cuando movió la cabeza:

—¡La concha que te remilparió, viejo hijo de puta!